

MANERAS Y MODAS

I

Relación entre la independencia en las ideas y el desprecio de los usos admitidos.

Si se estudia la fisonomía de las reuniones políticas no puede menos de notarse la conexión que hay entre las opiniones democráticas y las singularidades en el traje. En una manifestación á favor de la Carta, en una conferencia acerca del socialismo, ó en una junta de los amigos de Italia, hay en el auditorio, y más aún entre los oradores, hombres de aspecto y traje más ó menos singulares. Un caballero que está en la tribuna lleva la raya del cabello en medio, en lugar de llevarla á un lado; otro se echa el pelo hacia atrás, á la moda llamada de «entendimiento despejado;» un tercero ha economizado tanto el uso de las tijeras, que los mechones de pelo le barren las espaldas. Se advierte abundancia de bigotes; no falta quien gaste perilla, ni algún valeroso despreciador de las convenciones sociales que ostente toda la barba (1). Esta falta de conformidad con la moda admitida en punto á peinados corre parejas con otras infracciones de la misma moda en lo que se refiere al traje. Cuellos desnudos, cuellos de camisas á lo Byron, chalecos á lo Cuáker, paletós de pelos largos, gran variedad en formas y colores, todo destruye la

(1) Este artículo se escribió antes de que se generalizase el uso de barbas y bigotes.

monotonía que ordinariamente se ve en otras reuniones públicas; hasta aquellos que no ofrecen á primera vista ninguna particularidad notable, casi siempre dejan adivinar en el corte ó hechura de sus trajes que no se han curado de lo que su sastre les ha dicho respecto á la moda dominante. Cuando la reunión se separa, las muchas gorras, así como la abundancia de sombreros de fieltro de formas distintas que allí se ven, bastan á probar que si el mundo pensase alguna vez como estos hombres, se desecharían seguramente los negros cilindros que hoy nos tiranizan.

La correspondencia extranjera de nuestra prensa periódica nos permite ver que esta relación entre el descontento en política y el desprecio de los usos admitidos existe también en el continente. Los republicanos rojos se han distinguido siempre por sus melenas hirsutas. Las autoridades de Prusia, Austria é Italia reconocen igualmente ciertas formas de sombrero como síntomas de oposición, y truenan contra ellas; en algunas partes, el hombre de blusa corre el riesgo de ser clasificado entre los sospechosos; y en otras el que no tenga deseo de que lo lleven á las oficinas de la policía, debe cuidar de no usar más colores que los admitidos. Así, la democracia, en el extranjero como entre nosotros, tiende á la singularidad personal.

Y no es esta asociación de rasgos característicos exclusiva de los tiempos modernos, ni de los revolucionarios modernos, ni de los reformadores del Estado. Ha existido siempre y se ha manifestado tanto en las agitaciones religiosas como en las políticas. Con el disentimiento en punto á instituciones y creencias fundamentales ha coincidido el disentimiento acerca de la moda imperante. Los Puritanos, reprobando los largos bucles que usaban los caballeros, lo mismo que los principios de éstos, se hacían cortar el pelo al rape, lo que les valió el nombre de «cabezas redondas.» La disidencia religiosa de los Cuákeros fué acompañada de otra disidencia no menos pronunciada respecto

á las maneras, tanto en el traje como en el modo de hablar y saludar. Los primitivos Moravos, no sólo tenían creencias diferentes, sino que vestían y vivían de distinto modo que sus compañeros cristianos.

Que la asociación de la independencia política y la independencia en la conducta personal, no es un fenómeno de nuestros días, podemos verlo también en la manera como se presentó Franklin en la corte francesa, y en aquellos sombreros blancos que usó la última generación de radicales. Lo original de la naturaleza ha de manifestarse seguramente de muchos modos á la par. El recuerdo de aquel traje de pieles que llevaba Jorge Jox, así como el nombre de Enrique el Original que se dió á Pestalozzi en la escuela, vienen á demostrar que los hombres que se apartan en las grandes cosas de los caminos trillados, se separan frecuentemente de ellos en las cosas pequeñas. Ejemplos de esta verdad se encuentran en casi todos los círculos. Creemos que si nos fijamos en los reformadores y racionalistas que conocemos, nos será fácil encontrar en ellos una proporción muy superior á la ordinaria respecto al número de los que, ya en su traje, ya en su conducta, muestren algo de eso que el mundo llama excentricidad.

Si es un hecho que los hombres de tendencias revolucionarias en política ó en religión son con frecuencia revolucionarios en cuanto al traje, no es menos cierto que todos aquellos que por sus cargos oficiales tienen que defender el orden de cosas establecido en el Estado y en la Iglesia, son los que más se apegan á las formas sociales y á los usos que nos legaron las generaciones pasadas. Prácticas ya extinguidas en todas partes, subsisten aún en los centros del gobierno. El monarca confirma todavía los actos del Parlamento en el antiguo francés de los normandos, y términos de esta lengua se emplean aún en el foro.

Los jueces y abogados ostentan aún sobre sus cabezas pelucas parecidas á las que vemos pintadas en los an-

tiguos retratos. Los guardias de las torres de Londres usan el traje de los guardias de Corps de Enrique VII. El traje universitario de hoy difiere muy poco del que se llevaba después de la Reforma. El vestido de color, el calzón corto, las medias de seda blanca y los zapatos con hebillas que fueron un tiempo el traje usual de los caballeros, constituyen aún el traje de corte, y no es casi necesario decir que en las recepciones de palacio y en los salones aristocráticos se prescriben las ceremonias con tal exactitud y se mantienen con tal rigor, como no se ve ya en parte alguna.

¿Podemos considerar estas dos series de coincidencias como puramente fortuítas? ¿Podemos creer que no tienen significación ninguna? ¿Hemos más bien de concluir que existe entre ellas alguna relación necesaria? ¿No implican una y otra, ya una tendencia constitucional á la conservación, ya una tendencia constitucional al cambio? ¿No hay una clase que en todo se inclina á lo antiguo, y otra tan enamorada del progreso que toma cualquier novedad por verdadera mejora? ¿No hay hombres prontos á acatar cualquiera autoridad, sea de la clase que fuere, y otros que exigen su razón de ser á todas ellas y que las rechazan si no la estiman bastante? ¿Y no es lógico que naturalezas tan contrarias tiendan á ser respectivamente conformistas y no conformistas, así en política y religión, como en todo lo demás? La sumisión, sea al gobierno, sea á los dogmas religiosos, sea al código de prácticas y maneras que la sociedad haya en general establecido, tiene en todos los casos un mismo carácter esencial; y el sentimiento que induce á resistir al depotismo de las reglas, civiles ó religiosas, impulsa también á resistir al depotismo de la opinion. Mírense las cosas fundamentalmente y se verá que todas las reglas, lo mismo las del legislador que las del consistorio y que las de los salones, que todos los preceptos, formales ó virtuales, tienen el carácter común de ser limitaciones

de la libertad humana. Haz esto, evita aquello, son las fórmulas generales que á unos y á otros comprende; y en todos los casos se sobre-entiende que la obediencia lleva aparejada la estimación por el momento y el paraíso más tarde, mientras la rebeldía irá seguida de la prisión, de la expulsión de la sociedad ó de tormentos eternos; y si éstas limitaciones, no obstante las diferencias de sus nombres y la diversa manera como se sancionan, son una misma cosa en su acción sobre los hombres, tendrá que suceder diariamente que aquellos que las soporten en una esfera, las sufrirán en las demás, y al contrario.

Que el Derecho, la Religión y las Maneras tienen íntima conexión, que sus diversos modos de obrar, que hallan en cierto caracteres como un apoyo y en los opuestos un enemigo común, resultará con mucha más claridad si nos fijamos en que su origen es el mismo. Aunque parezca poco verosímil al presente, sin embargo, es fácil ver que en un principio la coacción religiosa, la coacción legal y la coacción de las maneras fueron una sola y misma cosa. Por increíble que hoy lo estimemos, las reglas de la etiqueta, las prescripciones de los códigos y los mandamientos del decálogo provienen de la misma raíz. Si subimos á los tiempos del fetiquismo primitivo aparece manifiesto que en su origen el Dios, el Jefe y el Maestro de ceremonias eran una sola persona. Para probar estas tesis y mostrar su influencia en lo que ha de seguir, menester será volver á un terreno que en parte hemos ya recorrido y que á primera vista parecerá extraño á nuestro propósito. Pasaremos, pues, sobre él tan rápidamente como lo consentan las exigencias de nuestro razonamiento.

Que las primitivas agrupaciones sociales fueron regidas exclusivamente por la voluntad del más fuerte, pocos lo discuten; que de esta dominación proviene no sólo la monarquía, si que también la concepción de un Dios, pocos lo admiten, como lo prueba el ejemplo de Carlyle y otros.

Sin embargo, si éstos prescindieran por un momento de las ideas acerca de Dios y del hombre en que han sido educados, y estudiaran las creencias primitivas en este punto, tendrían al menos que reconocer como probable la hipótesis sentada. Recuérdese que antes de que la experiencia enseñase á los hombres á distinguir entre lo posible y lo imposible, y cuando estaban dispuestos á atribuir, con el motivo más insignificante, poderes misteriosos á cualquier objeto y á convertirlo en un fétiche, sus conceptos acerca de la humanidad y de las facultades de ésta eran necesariamente vagos, y sin límites precisos; el hombre que por su valor extraordinario ó por su habilidad especial llevaba á cabo una empresa en que los demás fracasaban, ó ejecutaba algo que los otros no entendían, era considerado por todos como un sér diferente: así vemos que algunos habitantes de la Polinesia creen que únicamente sus jefes tienen alma, ó que los antiguos peruanos creían que sus nobles eran divinos de nacimiento: la diferencia expuesta era á propósito para distinguirlo no sólo en grado, si no en especie. Obsérvese cuán groseras fueron en un principio las nociones que prevalecieron acerca de Dios, ó mejor dicho, de los Dioses, durante las edades primitivas y aun después; de qué manera tan concreta se concibió á los Dioses como seres del mismo aspecto y que hasta usaban el mismo traje que los hombres; cómo los nombres de estos Dioses eran literalmente el fuerte, el destructor, el poderoso; que según la mitología escandinava, el sagrado deber de lavar con sangre los ultrajes, era cumplido por los Dioses mismos; y cómo éstos eran no sólo humanos en sus venganzas, en su crueldad y en las querellas que entre sí tenían, sino que además se les suponía amores en la tierra y se colocaban viandas encima de sus altares. Agréguese que en varias mitologías, como la griega, la escandinava y otras, los seres primitivos son gigantes; que conforme á una genealogía tradicional, de és-

tos han descendido por un procedimiento puramente humano los Dioses, los semi-dioses y en algunos casos los hombres; y que mientras en el oriente oímos hablar de los hijos de Dios que vieron á las hijas de los hombres que eran hermosas, los mitos teutónicos nos refieren las uniones entre los hijos de los hombres con las hijas de los Dioses.

Recuérdese asimismo que en un principio la idea de la muerte era muy diferente de la que hoy tenemos; que todavía muchas tribus, al morir alguno de sus individuos, procuran mantener el cuerpo en pié y le ponen alimento en la boca; que los Peruanos celebraban festividades presididas por las momias de sus Incas muertos, y trataban «á estos restos insensibles como si en ellos alentase el soplo de la vida», según refiere Prescott; que entre los Fitjis se cree que es necesario matar dos veces al enemigo; que los paganos de oriente se imaginan el alma extensa y con forma, y se la figuran compuesta de los mismos elementos sólidos y líquidos que lo está el cuerpo; y por último, que es costumbre entre las razas bárbaras enterrar al lado del cadáver alimento, armas y alhajas, creyendo que ha de necesitar enseguida de todas estas cosas.

Téngase en cuenta, finalmente, que el otro mundo, tal como los pueblos primitivos lo conciben, es sólo un lugar distante de la Tierra, unos campos Eliseos, un excelente terreno para cazar, accesible á los mismos seres vivos, al cual, después de muertos, van los hombres á gozar de una vida análoga á la anterior. Así, ordenando estos hechos generales, que son: el atribuir á los jefes y á los hombres que saben curar un poder misterioso; el creer en divinidades que no se diferencian de los hombres en su figura, pasiones y conducta; la imperfecta concepción de la muerte como cosa distinta de la vida, y la proximidad del otro mundo y su semejanza con el nuestro, reflexiónese si no es lógica la conclusión de que el dios primitivo es el jefe muerto, no en el sentido que nosotros damos á esta pala-

bra, sino en el de hallarse ausente en alguna región lejana, en algún país privilegiado, á donde quería llevar á los suyos y del cual ha de volver para que le acompañen.

Aceptada esta hipótesis, se ve cómo se armoniza con las ideas y prácticas primitivas.

Como los hijos del jefe divinizado reinan después de éste, resulta necesariamente que todos los antiguos reyes son considerados como descendientes de los dioses, lo que explica que de nombres de éstos se formen los nombres de los reyes en la Asiria lo mismo que en Egipto, así entre los judíos y fenicios como entre los antiguos bretones. La génesis del Politeísmo por la transformación del culto fetiquista, mediante las sucesivas emigraciones de la raza de los Dioses reyes al otro mundo, génesis conservada en la mitología griega en la exacta genealogía de las divinidades, y sobre todo en las apoteosis de las más recientes de éstas, viene en apoyo de la misma idea. Así se explica el hecho de que, según las antiguas creencias, y aun según las actuales de los otahitianos, todas las familias tengan un espíritu protector, que se supone que es uno de los parientes que partieron, al cual se ofrecen sacrificios como á un Dios menor, practica que también subsiste entre los chinos y hasta entre los rusos. Esta hipótesis está de acuerdo con los mitos griegos relativos á las guerras de los Dioses con los titanes, y á la victoria de los primeros; y se concilia de igual modo con el hecho de que entre los Dioses teutónicos hubiese un «Freir», recibido entre ellos por adopción, «pero que había nacido entre los *Vanes*, otra dinastía misteriosa de Dioses que habían sido conquistados y vencidos por la dinastía más fuerte y más guerrera de Odino», armonizándose no menos con la creencia de que hay diferentes Dioses, como hay diferentes jefes, en cada nación y territorio; y que aquéllos luchan entre sí por la supremacía, lo mismo que estos últimos, lo que explica la frase tan corriente entre tribus vecinas: «Nuestro Dios es más grande que vuestro

Dios». Dicha hipótesis está confirmada por la idea universalmente difundida en las épocas primitivas de que los Dioses vuelven del otro mundo, donde de ordinario viven, y se aparecen á los hombres, y les hablan, les auxilian, les castigan. Así aparece manifiesto que las oraciones dirigidas á sus Dioses por los pueblos primitivos para que les presen ayuda en las batallas, deben tomarse en su sentido literal, esto es, en el de que descendan de los otros reinos donde imperan, para combatir de nuevo con los antiguos enemigos, á quienes hicieran en otro tiempo guerra implacable; y basta recordar la Iliada para ver cómo se creía en esta asistencia. Siendo todo gobierno en su origen el imperio del hombre más fuerte, que ha llegado á ser objeto de adoración por haber manifestado alguna superioridad, á su muerte, supuesta partida para una larga expedición, á la cual le acompañan sus esclavos y concubinas que se sacrifican sobre su tumba, aparece pronto la división incipiente entre la autoridad religiosa y la política, entre la dirección espiritual y la civil. Durante la ausencia del jefe muerto designase al hijo para reemplazarlo; obra éste en nombre de la autoridad de aquel cuya venganza se invoca contra los desobedientes, y cuyos mandamientos, bien fuesen conocidos de antemano, bien sean revelados por el hijo, constituyen el germen de un código moral; este hecho será comprendido más claramente, recordando que los primitivos códigos de moral predicaban principalmente las virtudes guerreras y el deber de exterminar á las tribus vecinas, cuya existencia ofende al Dios.

A partir de aquí las dos clases de autoridad, civil y religiosa, que al principio tenían entre sí las mismas relaciones que hay entre un agente y su jefe, se separan por grados. A medida que se acumula la experiencia y se precisa la idea de causalidad, los reyes pierden sus atributos sobrenaturales; y, en lugar del Dios rey, viene el rey descendiente de los Dioses, el señalado por los Dioses, el ungido

por los Dioses, el vicario del cielo, el que reina por derecho divino. La antigua teoría, sin embargo, aunque desaparezca finalmente, sobre-vive largo tiempo en el sentimiento, y es tal «el esplendor divino que rodea á los reyes», que hasta hoy mismo muchas personas, al verlos por vez primera, sienten secreta sorpresa al encontrar en ellos ejemplares muy vulgares de la especie humana. El carácter sagrado que acompaña á los reyes se extiende á las instituciones que de ellos dependen, á los cuerpos legislativos, á las disposiciones de unos y otros. Las palabras legal é ilegal son sinónimas de justo é injusto; la autoridad del parlamento se considera ilimitada, y la fé que se tributa al poder gubernamental engendra de continuo esperanzas infundadas en sus actos. El excepticismo político, sin embargo, que ha destruído el prestigio divino de los reyes, aumenta de día en día, y reducirá al fin al Estado á institución puramente secular, cuyo poder regulador no trascenderá de su propia esfera, y cuya autoridad provendrá de la voluntad general. Al mismo tiempo, la autoridad religiosa se ha ido separando poco á poco de la civil, tanto en su esencia como en su forma. Mientras del Dios-rey de los salvajes han nacido en una dirección jefes seculares que poco á poco han ido perdiendo los sagrados atributos que los hombres les asignaron, se ha desenvuelto en otra dirección el concepto de un Dios que, humano en todo en un principio, se ha despojado gradualmente de la materialidad humana, así como de la forma, de las pasiones y del modo de obrar propio de los hombres; tanto que hoy el antropo-morfismo ha llegado á ser un reproche.

Simultáneamente, con la divergencia cada vez mayor entre las ideas del jefe divino y del jefe humano, se desenvolvía una divergencia correspondiente en los códigos que procedían de uno y otro. Mientras el rey era un diputado de Dios, un jefe tal como el que los judíos veían en el Mesías, un gobernador, considerado, como lo es todavía el

czar, «nuestro Dios en la tierra», sus mandatos eran la ley suprema. Pero así que los hombres dejaron de creer en el origen y en la naturaleza sobrenaturales del rey, se cesó de mirar sus órdenes como preceptos indiscutibles, naciendo entonces la distinción entre las reglas dadas por él y las que procedían de los antiguos dioses-reyes, las cuales, con el trascurso de los tiempos y acumulación de los mitos, adquirirían un carácter más sagrado cada vez. Nacen de aquí respectivamente el derecho y la moral: el uno es de día en día más concreto, la otra más abstracta; la autoridad del primero decrece, la de la segunda aumenta; siendo en su origen una misma cosa, están ahora cada día más separados.

Simultáneamente se fueron desprendiendo de uno y otro código las instituciones encargadas de aplicarlos. Mientras ambos fueron una sola y misma cosa, no se distinguió la Iglesia del Estado; el rey era gran sacerdote, no de nombre, sino en realidad; el encargado de dictar nuevas reglas y de interpretar las antiguas; y perteneciendo los sacerdotes á la familia de los reyes, eran simples expositores de las ideas de sus antepasados, en un principio recogidas y más tarde confirmadas en las entrevistas que con ellos tenían. Esta reunión, que aún existía prácticamente durante la edad media, cuando la autoridad de los reyes no estaba desligada de la autoridad de los papas, cuando había obispos soberanos con todos los poderes de señores feudales y los sacerdotes imponían penas á guisa de penitencia, esta unión, repetimos, se fué relajando poco á poco. Aunque los monarcas se llaman todavía «defensores de la fé» y jefes eclesiásticos, sólo lo son nominalmente. Por más que los obispos gocen aún del poder civil, no es éste seguramente el que tuvieron en otro tiempo. El protestantismo rompió bruscamente los lazos de esta unión. Los disidentes han trabajado por espacio de mucho tiempo en constituir un organismo que permitiese el ejercicio de la autoridad reli-

giosa con entera independencia de la política. En América existe ya la separación de la Iglesia y el Estado, y podemos prometernos que entre nosotros ocurrirá pronto lo propio, si algo ha de esperarse de la asociación formada á este fin, ó como hoy se la llama, de la «sociedad para liberar á la religión del patronato é intervención del Estado».

Así, tanto en su autoridad como en su esencia y en su forma, los poderes político y espiritual han ido separándose cada vez más de su raíz común. La creciente división del trabajo, que marca el progreso de la sociedad en otras esferas, los señala también en esta separación de los gobiernos civil y religioso; y observando cómo la moralidad, que constituye la esencia de las religiones en general, comienza á purificarse de las creencias que se le habían asociado, podemos anticipar que esta división se consumará totalmente.

Considerando ahora las *maneras*, tercer modo de manifestarse la coacción, observaremos que, aunque su origen es común con el de la autoridad civil y religiosa, gradualmente se han ido emancipando de éstas y organizándose separadamente. Entre las primitivas agrupaciones de hombres, antes que existiera ninguna fórmula social, las manifestaciones de la cortesía se limitaban á los signos de sumisión al más fuerte, como la única ley era la voluntad de éste y la única religión el terror que inspiraba su pretendido poder sobrenatural. Las ceremonias, en su origen, eran simplemente modos de presentarse y conducirse ante el dios-rey. Los nombres más comunes que están en uso entre nosotros se derivan de los nombres que á éste se daban, y el saludo no fué en un principio más que el tributo religioso pagado al mismo. Desenvolvamos estas verdades, comenzando por los títulos.

El hecho ya mencionado de que los nombres de los reyes primitivos en las diferentes razas se formaran añadiendo ciertas sílabas á los nombres de sus dioses, las cua-